



CAPÍTULO IX.

El cuarto misterio doloroso: Nuestro Señor Jesucristo con la Cruz á cuestas hasta el Calvario.

I.

INÚTIL le salió á Pilatos la tentativa de aplacar á los enemigos de Cristo, mandando castigarle con suplicios crueles y sangrientos. Tal como quedó despues de los azotes y coronacion de espinas, pálido por los largos sufrimientos y la debilidad, y rojo por estar teñido con la propia sangre, es Jesucristo sacado á un balcon del palacio de Herodes y presentado al pueblo con aquellas célebres palabras: *Ecce Homo*. Mas aquella muchedumbre engañada, ávida de la sangre del Salvador, alborotada por las hipó-

critas y maliciosas sugeriones de sacerdotes y fariseos, al proponerle Pilatos si queria que soltase á Jesús, porque era costumbre en aquel pueblo dar libertad á un preso en la festividad de la Pascua, con gritos descompasados y meneos horrendos, como gobernados por el maligno espíritu, contestan diciendo: «Quítanosle de delante y crucifícale.» Entoncés Pilatos lo entregó á la muchedumbre, para que le diesen muerte de cruz.

Cogen al manso Cordero aquellos fieros verdugos, le desnudan del trapo de púrpura con que en son de burla le habian cubierto, y dejándole la corona, le visten la túnica que antes llevaba y cargan sobre sus débiles hombros la pesada cruz en que debia ser crucificado. Organízase la triste procesion que ha de conducir el Cordero al sacrificio, la víctima al ara preparada, al que por amor se vistió la librea de criminal al lugar del suplicio. Van primero los soldados del presidente, abriendo la marcha los trompeteros; despues los enemigos de Cristo, regocijados y satisfechos porque van á quitársele de delante satisfaciendo sus malos deseos; luego el Señor, acompañado de dos ladrones foragidos, corte y acompañamiento con que los

hombres obsequian á Aquel que tiene millares de ángeles á sus órdenes y servicio; y por último, le seguía una piadosa turba de pueblo y mujeres, que lloraban y se lamentaban de ver en tan bárbaro y despreciable suplicio al Inocente, que había pasado la vida derramando el bien á manos llenas. Y ¿dónde estaban María, la santísima Madre de Aquel inocente reo, y la Magdálana, y Juan, y las otras devotas Marías? La piadosa tradicion de todo el pueblo cristiano, y áun la misma litúrgia de la Iglesia católica, agregan estos santos personajes á la comitiva que acompañó á Jesús á su último suplicio. La amantísima Madre vigilaba para enterarse de lo que iba á ser del Hijo de sus entrañas, y al saber la triste nueva de la condenacion, sale llena de valor al encuentro de la noble y querida Víctima. Juan y la Magdálana y las otras piadosas mujeres no la abandonan y siguen sus pasos; y desde un lugar de una calle, verdaderamente calle de Amargura, la traspasada Madre ve pasar la trágica procesion, y oye los aullidos de los verdugos y enemigos, y los gemidos del sencillo y compasivo pueblo que lamentaba tan inicua atrocidad. María atraviesa por entre

aquellas filas, llega al Hijo, besa aquel rostro divino, abraza aquel destrozado manojito de sus entrañas y mezclan sus lágrimas Hijo y Madre; mas ¡ay! aquella tierna efusion de sus almas es torpemente interrumpida por los soldados, que bruscamente los separan. Reúnesese de nuevo María con sus compasivos amigos, Juan, la Magdálana y las otras mujeres, y métense entre el grupo de pueblo, simpático á la causa de Jesús.

¡Quién pudiese comprender los sentimientos del corazon de María, y encender con ellos su propio corazon! ¡Quién pudiese acompañar á Cristo con la cruz á cuestas, con aquel santísimo ánimo con que María le acompañó! Riega el Hijo las calles y caminos de aquella dolorosa via con la sangre de sus venas, y la Madre con las calladas lágrimas de sus ojos; los dolores é ignominias hácese comunes á ambos; lo que siente Jesús siente María, y lo que siente María siente Jesús; los ultrajes que á voz en grito lanza la plebe hieren igualmente sus tiernísimos corazones.

La divina cara de Jesús está desfigurada, lívida, sangrienta, sucia por el copioso sudor de la agonía y por los asquerosos espu-

tos de los sayones, hasta el punto de que una piadosa mujer no puede contener el ímpetu de su corazón, y llegándose al Redentor, limpia su divino rostro con una toca de su cabeza. ¡Oh mujer verdaderamente dichosa! Tú me enseñas la manera de honrar al deshonrado Jesús, limpiando su rostro, con la contrición y la expiación, con el dolor y la penitencia, de la asquerosa suciedad de mis pecados que son, en último resultado, la causa de la sangre derramada, del sudor y lágrimas, de las inmundas salivas recibidas. A medida que camina el dulce Jesús va perdiendo fuerzas, y agobiado por el enorme peso de la cruz, sus piernas no le pueden sostener, y cae hasta tres veces consecutivas en medio de los bárbaros gritos de los enemigos y de los sarcasmos de los sayones, que le levantan con malos modos del suelo. Mas su misma barbarie les obliga á no ser tan crueles; quieren darse el gusto de verle morir afrentado, envilecido, en una palabra, en el suplicio de los criminales, y temen que muera antes de llegar al lugar de la ejecución. Por esto toman á un hombre llamado Simón, que encuentran por el camino, y le alquilan para que ayude á Jesús

á llevar su cruz. ¡Cuántas veces, Jesús mío, me habeis llamado é invitado para ejercer con Vos el nobilísimo empleo de ayudaros á llevar la cruz, y yo, vil y cobarde, me he resistido!

II.

Ya es hora, alma mía, de que te resuelvas á tomar la cruz y seguir á Cristo. El discípulo no puede ser de mejor condición que el maestro, ni el siervo que su señor; y ya ves como el Maestro y Señor Jesucristo te da en este cuarto misterio de dolor una lección convincente y elocuentísima, una lección práctica y ejemplar del amor que debes tener á la cruz. El cristiano que se espanta de la cruz no es cristiano de veras, como el soldado que tiembla de la espada es un militar ridículo. La cruz es el pendón bajo del cual debemos pelear todos los que hemos sido redimidos por la sangre del Señor, regenerados con el santo Bautismo é incorporados como miembros al místico cuerpo de Jesucristo. La cruz brilla en nuestra frente, es el signo de nuestra admirable vocación y el símbolo de los trabajos del hombre. La

cruz comprende dos elementos: la mortificación ó sufrimiento y la resignación con que debemos suportarlo. Cristo cargó con la cruz voluntariamente. El primer elemento, ó sea el dolor, es común á toda humana criatura; nadie puede deshacerse de él, y se ceba con mayor ensañamiento en los que huyen del mismo. Por esto, cristiano, no debes tener aprensión á la cruz; al recomendarla Cristo, al predicar á sus amigos que se abrazasen con ella, no inventaba y traía á la tierra un nuevo tormento para los infelices hijos de Adán; al revés, Cristo vino al mundo no á agravar, sino á aliviar á los que padecen, por lo cual al predicar la cruz, al *inventar* la cruz propia del cristiano, entendió y alcanzó dar un alivio al atribulado linaje de los hombres, mezclando á la amarguísima hiel del sufrimiento el bálsamo consolador de la resignación cristiana.

III.

Acompaña, pues, cristiano, á tu dulce Señor y Maestro en el camino del Calvario, y te lo agradecerá infinito. Únete humildemente al pequeño rebaño de los escogidos,

camina el camino de la vida entre los pobres é ignorados, entre los afligidos y los enfermos, entre aquellos á quienes el mundo mira con indiferencia y hasta con desden. No entorpezca tu paso en caminar tras la cruz la vana aprensión de disgustar al mundo y de perder su favor. El mundo y Cristo son enemigos, y es imposible cultivar con ambos la amistad; el camino de la cruz y el camino del mundo son enteramente distintos, porque el primero lleva á la gloria del cielo y el segundo á la eterna condenación. Emprende, pues, con resolución y empeño el camino de la cruz; mira que en él no irás solo; Cristo te precede, María santísima y todos los santos te acompañan, y el ángel de tu guarda te servirá de Cireneo, ayudándote á llevar la cruz por encargo especial de Dios. La Iglesia regida y gobernada por el Espíritu Santo tiene entre sus prácticas piadosas el ejercicio del camino de la cruz, ó sea el *Via Crucis*, con el cual el fiel cristiano, ejercitándose y habituándose, uniéndose en espíritu á Cristo con la cruz á cuestas, se prepara y adiestra para el día en que de una manera sensible y dolorosa tenga que cargar la cruz, y emprender el camino del Calvario.

Mas tambien te diré, cristiano, que si quieres comprender á fondo lo que fué para Cristo llevar la cruz, tú tambien debes llevarla; para penetrar el misterio de la Pasion, se requiere participar de ella, sufrir como el Señor sufrió. Aquellos hombres heroicos que llamamos santos se adelantaron tanto en la imitacion de Cristo, porque no rechazaron el padecer, y fueron felices áun en este mundo, porque buscaron la felicidad por el único camino que á ella conduce, el camino de la mortificacion de las malas pasiones y del ejercicio de las virtudes cristianas.



CAPÍTULO X.

El quinto misterio doloroso: La Crucifixion de Cristo Señor nuestro.

I.

LEGADO que hubo al Calvario el Señor con la cruz á cuestas, rodeado del pueblo y los soldados, le desnudan y le mandan que se tienda sobre la cruz, y Él, obedientísimo, lo ejecuta. Clavan y sujetan sus piés y manos al madero por medio de clavos, que hincan en los sagrados miembros á golpes de martillo, causando crudelísimos sufrimientos á la sagrada Víctima; y sobre todo imagínate cómo resonarian en el Corazon de María aquellos crueles martillazos, y con qué ojos la tierna Señora contemplaria tan lamentable escena. Verdadera-